

## **Giros y controversias en la crítica: una mirada desde los 90.**

María Inés Laboranti  
Universidad Nacional de Rosario

150 151

Giros y controversias parecen desplazar el interés actual en el campo de las investigaciones literarias hacia márgenes cada vez más problemáticos. A diferencia de exposiciones cerradas, o panoramas explicativos, en los que se puede llegar a una síntesis esperada de los procedimientos en pugna, la crítica literaria contemporánea sufre las presiones de fuerzas internas y externas, que incluso hacen temer por su dispersión. Este artículo intenta mostrar algunas de estas relevantes discusiones. Las mismas merecen, de nuestra parte, un cuidadoso detalle que nos permita situarnos en el desenvolvimiento de las polémicas más interesantes y, a su vez, comparar su impacto en el ejercicio crítico nacional, dentro y fuera del ámbito consagratorio de las universidades<sup>1</sup>.

El trayecto que va desde la publicación del ya clásico libro de Georges Mounin, *Los caminos de la crítica* (1973), en donde se establecía un repertorio de las enseñanzas universitarias en pleno estructuralismo, hasta los actuales debates –modernismo/posmodernismo, multiculturalismo, nuevo historicismo, estudios poscoloniales, etc...–, nos da la idea de un panorama un tanto confuso, en algunos casos, e ignorado completamente, en otros. Ignorancia agravada por prácticas institucionales que tienden a endogamizar discursos, como ciertas versiones del materialismo dialéctico que se resisten al diálogo con los análisis del discurso, ya bien, sean de extracción lingüística o semiótica.

La cartografía moderna en el campo de la teoría recrea un mapa inestable, que se refigura de manera permanente, con puntos de fuga todavía imprecisos. Como las imágenes de los mapas realizados con tecnología satelital para determinar las condiciones climáticas, sus líneas de relación, los puntos de fuga, sus perspectivas están en franco proceso de oscilación y cambio.

Actualmente, quizás nuestra tarea consista en transitar por pequeños senderos, al modo en que Heidegger imaginaba la naturaleza de la indagación filosófica como inciertos recorridos por el bosque. Algunos de esos recorridos giran sobre sí mismos; otros dibujan sendas que probablemente se pierdan en la espesura, que no conducirán a un punto cierto, como una recta, distancia entre puntos fijos. Todavía carecemos de la perspectiva necesaria y pareciera que estamos asistiendo a una errancia entre campos disciplinarios, entre objetos tomados en préstamo por distintas ramas del saber, entre migraciones de categorías teóricas.

No faltan quienes, agoreros, vaticinan después de esta última expansión, la muerte de los estudios literarios. A lo largo del siglo XIX, la cultura burguesa creó intensas relaciones valorativas con el contenido de la literatura; un interés que en la

cultura industrial entra en crisis con los géneros nuevos como el cine, la radio, la televisión, y más recientemente con los novedosos soportes informáticos –Internet *dixit*–. En particular, una teoría de la literatura fue el impulso organizador de una ciencia de la literatura, en el campo, desde el positivismo determinista de Taine hasta las experiencias del formalismo ruso en los años veinte. Conjugadas y diversificadas, las teorías sobre la literatura se reeditan en el *climax* del estructuralismo francés en los 60/70, junto al marxismo y al psicoanálisis, marcando el inicio de un vuelco imperceptible, entonces, pero contundente hoy.

Las teorías, en plural, parecen ocupar en nuestra contemporaneidad el lugar que en el discurso social ocupaba ese bien simbólico llamado literatura. Reemplazan, paulatinamente, el interés por lo literario.

En el conjunto de la semiosis contemporánea ya no es pertinente preguntarse por la entidad de la crítica literaria. Tampoco se avanza hoy en las direcciones significativas que preocupaban a los estructuralistas de los años '70. Ellos se planteaban, como tarea intelectual, despejar las razones de su existencia, o de su producción, si el sesgo era marxista. La frase interrogativa “¿Qué es la Literatura?”, sirve no sólo de título al antológico libro de Jean Paul Sartre, sino que multiplicada en otros cuestionamientos –¿Qué es la crítica?, ¿Qué es la historia?– mide la intensidad del interrogante para la época. Nuestros estudios actuales parecen, en cambio, considerar la asimilación de moldes establecidos en otras disciplinas humanísticas, que actúan como fuerzas externas. Pero, no ya como modelos cerrados, sistemáticos y autoexplicativos, sino por el contrario, como importación de categorías teóricas, de conceptos, de “giros” en pleno proceso de condensación. Es el caso del *misreading*, o la consideración teórica de la presión considerable que ejerce en la interpretación de un texto, la mala lectura o el error. El equívoco respecto a los textos puede datarse históricamente, abriendo un nuevo sentido a las historias de la literatura, esta vez por el tamiz de la recepción de las obras, de la constitución de “gustos” y expectativas del público, de su capacidad de asimilar las novedades o de establecer asociaciones más amplias que las que dispondría un lector contemporáneo. Aunque convendría denominarla de manera más precisa, teoría de la lectura desviada, las intervenciones de esta tendencia se vuelven más productivas en el campo de las literaturas europeas del siglo XIX. Los límites entre el decir y el callar, entre lo posible de enunciar y lo prohibido o reprimido, así como todas las formas del erotismo son claves interpretativas que deben ser repuestas para las vivencias diferentes de una cultura histórica.

La recepción de textos como los del poeta William Blake, la asimilación del esoterismo propio que ciertos textos cultivaban en Francia a fines de siglo, el safismo<sup>2</sup>, tanto como las formas de autoerotismo en la mujer o de homosexualidad en el hombre toleradas y expresadas de manera diferente, la compleja funcionalidad de los personajes de Shakespeare, reflejan algunos de los temas estudiados.

Resulta harto evidente marcar el cambio producido desde los setenta hasta la actualidad. Un dato de las periodizaciones que retorna conflictivo cuando se trata de establecer las sucesiones y las antelaciones, tal como lo encontramos hoy en el adjetivo posmoderno. Su prefijo parece indicar un estado de cuestión posterior a la modernidad, aunque esta razón etimológica no es la única valedera. Por el contrario, corrientes teóricas continentales, en especial la posición de Jürgen Habermas, que busca enfrentar a la tradición filosófica francesa, pone en simultaneidad los conflictos y no en relación de causa y consecuencia<sup>3</sup>.

A pesar de tales dificultades, o precisamente por ellas, giros y controversias nos permiten desplegar, desde este inicio arbitrario, algunos recorridos tentativos, teniendo en cuenta las transformaciones fundamentales que se produjeron a lo largo

de los últimos veinte años en la esfera de nuestra especialización:

- La valoración/desvalorización del objeto literario, y del objeto artístico en general.
- La expansión de la cultura universitaria y la transmisión pedagógica de la literatura.
- La pregunta por la finalidad de la literatura y al mismo tiempo su asimilación en los nuevos soportes técnicos.

Para muchos investigadores nos aproximamos a una desmaterialización del texto<sup>4</sup> como bien simbólico cultural. Los sistemas de recepción y los sistemas de expectativas modifican los paradigmas establecidos, mientras, simultáneamente, se renuevan los contratos de lectura en el público de lectores y lectoras contemporáneos.

El desarrollo prestigioso y contundente de los estudios semióticos internacionales propone, desde la segunda posguerra, la revisión de todos los estatutos epistemológicos de la disciplina. La semiosis del espacio, del cuerpo, los procesos significativos simples y complejos, la expresión matemática, como la teoría de las catástrofes, o de los fractales, ofrecen modelos teóricos, políticos, discursivos, hasta bordear el conflicto institucional dentro de las universidades, en sus divisiones del conocimiento en escuelas, departamentos, áreas.

El campo intelectual de las sociedades occidentales globalizadas pone en escena un conjunto de debates en pleno desarrollo expansivo. Nos referiremos sólo a dos de ellos, considerados decisivos.

Primero, atender a las transformaciones que se operan en el campo de la historiografía en general, y de la historia intelectual en particular. En el siglo pasado, disciplinas como la historia habían ocupado, en el conjunto de los saberes de las ciencias sociales, posiciones antagónicas respecto a la crítica literaria. Hoy, en cambio, los historiadores se han adueñado del libro como objeto de estudio. Desde esta perspectiva, ya se han generado varias “escuelas” en Europa y en los EEUU, que ponen de relieve el libro en su materialidad, la experiencia de la lectura, y la constitución de capas de recepción específicas de lectores de acuerdo a la comunidad de intérpretes<sup>5</sup> de la que se procede –lectores de corte, lectores católicos, lectores protestantes, etc.–. Existen cada vez más canales de comunicación abiertos a múltiples vinculaciones con otros saberes colindantes, como la antropología<sup>6</sup>.

El contacto entre disciplinas se ha estrechado convirtiendo las fronteras en límites móviles. La transdisciplinariedad más que un objetivo se ha convertido en una necesidad de derecho en el ámbito de actividades conjuntas e integradas entre crítica literaria, filosofía, psicoanálisis, historia y antropología<sup>7</sup>. Muchas de las tendencias analizadas en el curso de esta exposición, se encuentran aún en franco desarrollo, por lo que pareciera ser útil reconstruir sus fundamentos ideológicos, metodológicos, teóricos en forma abierta, y en un nivel de constatación meramente empírica. En cambio, la incidencia del pensamiento de Jacques Derrida, desbordando el ámbito del discurso filosófico, ya produjo efectos de asimilación o contraste de indudable persistencia. La inserción en la comunidad académica americana supone una transformación muy profunda, en lo que ya se denomina el deconstructivismo americano, o la Escuela de Yale, reconocible en las intervenciones de Paul de Man sobre la Lectura y las resistencias a la teoría. Ya en los años 70, Derrida comienza una etapa de crítica a los fundamentos del signo saussuriano, que inaugura un movimiento (según sus propias palabras una acepción no muy

afortunada), llamado deconstrucción. Como fuerza centrífuga, la deconstrucción de un modelo fuerte de teoría actúa renovando el campo, desde adentro. Desde la investigación sobre el lenguaje, se replantean los procesos en los que se ha debatido la filosofía occidental.

Asistimos a una creciente inflación que ha desalojado al saber sobre la literatura –y en consecuencia, a la literatura misma– hacia saberes colindantes, como el psicoanálisis; o hacia aquéllos, como la historia y la sociología, a los que la experiencia decimonónica ubicó en posiciones de fuertes contrastes o sencillamente de exclusión mutua. Es en este confuso momento –fin de siglo, fin de milenio–, en el que los límites e incumbencias específicas son fuertemente interrogados, cuando el campo de la teoría y de la crítica literaria parecieran asistir al estallido de su propio objeto. No sólo la filosofía, sino también la antropología interpela los estatutos de la ficción, y a través de este interrogante a la base misma de lo literario, que asiste así a su difusión generalizada. La condición posmoderna, aun con los matices que supone esta categoría, pone en evidencia los cambios en su funcionamiento. La llamada crítica literaria, como saber se reviste con efectos de significación variable: a medida que toma contacto con corpus procedentes de otras disciplinas, manifiesta un alto nivel de interés y gran capacidad de asimilación. Incluso, es posible defender su status teórico, apelando a considerarla no ya un metadiscurso, exterior al hecho literario, sino una versión inserta dentro del mismo campo y de su mismo rango.

### **La Literatura en la Historia: entre narración y discurso.**

Un quiebre que llega al campo de la reflexión teórica actual es el profundo debate que sacude a las distintas maneras de hacer historia, en especial en diseñar la naturaleza de la narración histórica, discutiendo su estatuto epistemológico. Hoy en día pocos son los historiadores que se animan a defender una división cientificista a ultranza. Por el contrario, la mayoría de los agentes en la historia intelectual saben que ellos también escriben narraciones, igual que los novelistas. Aunque la historia no es exactamente literatura, es sin duda un género de relato, entendiendo a éste con el sentido que Aristóteles le asignaba: “poner en intriga acciones representadas”. La historia, aun si se trata del tipo tradicional de historia política, no puede sustraerse de los regímenes de explicación que gobiernan la producción de relatos de una época determinada. De la vinculación entre narrativa y temporalidad se deducen los rasgos comunes que caracterizan tanto a los relatos con pretensión de verdad, como a los de ficción. Una consecuencia directa de este modo de recortar los objetos, establece los parámetros para delimitar un *campo narratológico*.

La *narratología* sería así, el diseño de una ciencia futura de los relatos, en un sentido semejante al que Ferdinand de Saussure, a principios de este siglo, vaticinaba para la semiología como marco abarcador de todas las ciencias del signo.

Las mismas articulaciones son operativas para una historia de la lectura. Con un impulso propio, toman la discusión, las tendencias anglosajonas de las prácticas materiales de la lectura en minorías, mujeres y niños en el siglo XVIII; obreros e indígenas en el XIX (David Mackenzie). Pero se destacan por su continuidad, mucho

más aún, el estudio de la materialidad del acto de lectura: gabinetes, secretarios, salón, corte, las bibliotecas, los cafetines literarios, el teatro como forma amplificada de discusión del concepto de representación. Las prácticas concretas de los lectores, lecturas en voz alta, en familia, a solas, en voz baja, “rumiantes”, etc... que desarrolla Roger Chartier, historiador y director principal de la Ecole de Haute Etudes de Paris, son la expresión más sofisticada de este tipo de estudios que clausuran la historia de la literatura y la reemplazan por una historia de la lectura. Junto a Guglielmo Cavallo, compilan y editan, Taurus, 1998, *La historia de la lectura*, el libro más reciente de especialistas mundiales.

Si es posible pensar la dicotomía lectura/escritura (nótese que invierto un orden que en el siglo XIX fue pensado exactamente destacando el privilegio de lo escrito). Un paralelo semejante podemos rastrear entre la determinación de la función de autor y las funciones actuales de la lectura.

No cabe duda que acompaña a este destacado y privilegiado par semiótico lectura/escritura, un creciente interés por la actividad de recepción de los textos (Escuela de Constanza). Al mismo tiempo, el impacto de las nuevas tecnologías de reproducción –Internet, las PC–, y el cambio de los soportes tradicionales del libro –el libro electrónico– contribuyeron en estos últimos veinte años a destacar el problema de la identidad abstracta del texto. El libro se ha constituido la herramienta fundamental de apropiación y transmisión de los bienes culturales. Benedict Anderson en *Las comunidades imaginarias* utiliza, para referirse a su expansión, el término “capitalismo impreso”, que deja al descubierto las estrechas relaciones entre capital económico y capital simbólico. Mercancía universal, de circulación generalizada, jamás se editó tanto en toda la historia de la humanidad, ni el acceso al papel estuvo tan al alcance de amplias mayorías. Pero simultáneamente a la generalización de la cultura escrita, ya que no podemos permanecer fuera de ella, como tendencia regresiva en la cultura electrónica, se asiste en la actualidad a la máxima divulgación del libro y la desintegración acelerada de los textos. Por la vía de la interpelación a los sistemas de legitimidad de la propiedad literaria, el texto se instala en nuestra cultura como inobservable.

Sin lugar a dudas, es en el ámbito de la historiografía contemporánea, buceadora en la “nueva-vieja historia” de raigambre cultural, como la caracterizara Peter Burke, donde se formulan cuestionamientos a una teoría de la literatura. Allí no dejan de retornar el libro y la lectura en las condiciones materiales de su práctica (Roger Chartier/’97), la novela como género en el siglo XVIII inglés y francés, o la articulación de géneros marginales y menores como el folletín en el siglo XVIII. La relación filosofía/pornografía, un acercamiento repugnante para nuestra sensibilidad, no era tal en una época en donde las semejanzas entre libertad y libertinaje se percibían de otra manera y configuraban un campo de significación coherente (Robert Darnton/’73). También se explora lo literario como organizador de los imaginarios históricos, con una inquietante dimensión (Carlo Guinzburg/’95).

Robert Darnton<sup>8</sup> intenta otro ángulo de abordaje, en especial cuando trata de establecer los parámetros de recepción de ciertos géneros. El arqueo del Archivo de la casa editorial suiza Neuchatel –más de 50.000 documentos– le permite el acceso a un material excepcional sobre los hábitos mentales, los gustos, las predilecciones de los lectores e incluso las artimañas de la cultura impresa para sortear la censura, y la planificación de los sistemas de contrabando del libro prohibido. La filosofía y la pornografía que en el siglo XVIII se consideraban géneros similares, entre los que había más de un punto de contacto, se comparan con sus dimensiones actuales tan alejadas una de la otra que, al relacionarlas con las del pasado, permiten hacer evidentes las valoraciones de época y su ubicación en los sociogramas<sup>9</sup> del discurso social.

## El discurso etnográfico

Otra “ciencia” del hombre que se ha relacionado nuevamente en una refiguración de la disciplina es la antropología. La teoría de la escritura se encuentra abierta a múltiples vinculaciones con otros saberes colindantes, como la antropología, que a través de la práctica etnográfica recupera la relación compleja de los sujetos enunciantes. Desde el relato de los primitivos Trobriand que Malinowski cree transcribir “textualmente”, a los relatos de las adolescentes salvajes de Samoa que se muestran “transparentes” en sus dichos a la antropóloga alojada en la base militar americana, al mejor estilo Margaret Mead de los años 60, lo que retorna es el conflicto de las interpretaciones y el valor denso de la descripción para el observador, dirá Clifford Geertz.

Marc Augé recrea las condiciones de la espacialidad urbana posmoderna con la definición de no-lugares, en relación con el lugar antropológico que tradicionalmente expresaba la identidad del hombre y su espacio. Sus investigaciones actuales sobre la cultura del viaje (Disneylandia), las experiencias de la etno-ficción<sup>10</sup>.

## La distinción neobarroca

Un Segundo rasgo caracterizador en las controversias teóricas comprende los sistemas de denominación y las formas que esas periodizaciones suponen. Dividir, segmentar en secuencias asimilables, recorre uno de los problemas de las historias más frecuentes: con qué criterios, a partir de qué rasgos y cómo pensar la historicidad misma de los fenómenos como la literatura y el arte. Desde el ámbito de las taxonomías queremos plantear este segundo giro a través de una tendencia dominante.

En 1987, Omar Calabrese publica en italiano el resultado de sus investigaciones en el Instituto de Investigaciones Semióticas de Bolonia. Auspiciado por un prólogo de su colega Umberto Eco y con el título *L'età neobarroca*, Calabrese nos propone la definición caracterizadora de la Geitszeit de nuestra época, apelando a un neologismo: el neobarroco. Y lo define como la búsqueda de formas en la que se produce una pérdida de la integridad, de la globalidad, de la sistematización ordenada. A cambio de la inestabilidad, la polidimensionalidad, la mudabilidad como factor constitutivo del “gusto” otra categoría que parecía abandonada. Para Calabrese, por medio de este instrumental se pueden analizar los productos más dispares de la cultura de masas, hasta el arte y los comportamientos cotidianos. El neobarroco es el rasgo distintivo, el carácter o, mejor aún, el síntoma de nuestra época. Pero ¿por qué *neo*? Porque el barroco histórico es definido no sólo como un período determinado y específico de la historia de la cultura, sino como una aptitud general y una cualidad formal de los mensajes que lo expresan. Retomando la dicotomía de Wölfflin para el arte, es la expresión opuesta a lo clásico. Lo barroco somete a los sistemas estables a fluctuaciones e inestabilidades, los desestabilizan, movimientos que, en realidad, producen excitaciones –irritabilidad– aniquiladora de certezas. Si lo barroco degenera, lo clásico reproduce siempre la ley del canon.

Este modelo cultural se define a partir de ideas como complejidad, variación,

simulación, inconsistencia, movimiento, inversión, metamorfosis. Sometido a procedimientos formales como el retorno de la alegoría, la proliferación de las formas, la heterogeneidad en la descripción de los sistemas, el gusto por la ilusión y el despliegue de una poderosa maquinaria de representación, como jamás se había visto. Aplicable a las teorías científicas o las obras de arte, el neobarroco puede ser descripto como un conjunto de mecanismos específicos entre los que se cuentan el ritmo y la repetición, el límite y el exceso.

1) *Fragmentaria y serial*, la cultura neobarroca se basa en la repetición de clichés, de géneros<sup>11</sup>.

2) El *exceso*, en tanto cruce imaginario del límite, es desestabilizador. Toda sociedad tacha de excesivo lo que no puede o no quiere absorber (los ejemplos aquí son innumerables<sup>12</sup>).

3) La *metamorfosis* es un carácter dominante del nuevo gusto neobarroco y recrea las condiciones con las que la sociedad piensa los principios de irregularidad. Nuestras ideas del orden y del desorden, asociadas a los binomios de cosmos y caos, cobran un giro, en tanto el caos no es exterior al cosmos sino constitutivo del mismo. Complejidad, deseo absoluto por el infinito y por lo indefinido, que se expresan en el gusto por las figuras laberínticas, pueden resumirse como paradigmas del neobarroco.

4) Calabrese se inclina a pensar que el éxito de la *distorsión y de la perversión* es posible porque la cultura actual está presa de fuerzas que ponen en peligro los sistemas existentes. El triunfo de la perversión se debe a que el orden del discurso contemporáneo, ese que nos habita, no se ha invertido respecto al pasado. Es más, ya no se puede reconocer en las lógicas precedentes a su Otro, y establecer relación de transferencia con ellas: nada nos es radicalmente siniestro, en el sentido que Freud atribuía a la *inquietante extrañeza*.

Este corte epistemológico —el de la distorsión y la perversión del sentido del tiempo— implica, para Calabrese, el fin de la historia tal como la conocemos. El debate neobarroco, uno más a partir de la crisis de la modernidad, se asocia con la cuestión de la postmodernidad, aunque con signo contrario: el adjetivo postmoderno intenta definir la crisis de la época moderna en los términos de la tradición ilustrada. El prefijo *post* tiene fuertes connotaciones: señala el límite de una voluntad teórica para reducir la diversidad de los lenguajes a un único lenguaje fundamental metacrítico.

El prefijo *neo*, cambia la perspectiva del análisis, para adelantar una voluntad de interpretación dominada por varios campos simultáneos de racionalidad —el barroco y su doble, esto y lo otro, lo bello y lo feo, las formas del centro y los márgenes, el juego de nudos y laberintos.

Como corolario, si nuestra época reprodujese el modelo neobarroco tendría todos los estilos, a falta de uno. Habríamos arribado a la absoluta contemporaneidad de todos los conocimientos. Curiosamente por este sesgo retornaría en forma recientísima una voluntad de centrar, de retorno al orden: a través de la efervescente polémica por el canon. ¿Podremos tolerar la falta de canon en arte y cuanto más en literatura? ¿Los asedios multiculturales están destruyendo el canon, que constituye el paradigma de nuestros escritores “clásicos”? La última palabra todavía no ha sido dicha.

<sup>1</sup> Si tomamos en cuenta los modelos duros del estructuralismo genético francés (Lucien Goldman), los de la antropología estructural (Claude Lévi-Strauss), las formalizaciones del relato maravilloso (Vladimir Propp) hasta la lógica actancial de Claude Bremond, por situar un ejemplo de “teoría” muy utilizada en el campo de la enseñanza argentina, medimos la distancia. Otro ejemplo pertinente por su alto impacto en la enseñanza universitaria argentina de los '70, es el modelo del análisis estructural del relato que Roland Barthes había divulgado. Este modo de comprender lo literario, se conjugaba en un campo intelectual que también, en forma simultánea, asistía a la expansión de la lingüística de Noam Chomsky. A la par que formulaba un modelo generativo, esta lingüística adquiría un rol hegemónico como ciencia rectora de los estudios sociales del hombre.

<sup>2</sup> CF: Angenot, Marc: *Le cru et le faisandé*

<sup>3</sup> Cf el debate en su expresión crematística más elaborada: Jean F. Lyotard, *La condición posmoderna* (1985). Casullo, Nicolás: *El debate modernidad/posmodernidad* (1989), Jameson, Fredrick *Estudios sobre la posmodernidad* (1999)

<sup>4</sup> Cf Roger Chartier - G. Cavallo (comps). *Historia de la Lectura*. Madrid, Taurus.

<sup>5</sup> CF Benedict Anderson: *Comunidades imaginarias*. FCE, México, 1997.

<sup>6</sup> La emergencia de estos nuevos estudios vincula, de manera extensiva, los saberes de la nueva antropología, con los de la historia social de las ideas. En el campo intelectual de algunas universidades norteamericanas, Princeton, Yale (sede del coloquio sobre Literatura de América Latina, organizado por Josefina Ludmer en 1995), como las de mayor prestigio, pero también las de Virginia del Sur, la UCLA, Los Angeles, o la de San Francisco, en la costa oeste, allí donde Foucault impartía todos los años sus seminarios, se produce un original “giro lingüístico”. La relación fluida con intelectuales europeos como Jacques Derrida o Michel Foucault, seguidos con continuidad a través de la enseñanza desde hace más de 15 años, encuentra su contrapartida en la especialización de los jóvenes intelectuales americanos en Europa.

<sup>7</sup> Cf. Palti, Elías. *El giro lingüístico*. Universidad de Quilmes, 1999.

<sup>8</sup> Cf Trama. n° 1. Cuaderno de Historia y Crítica. Filosofía bajo la capa (Literatura prohibida en el siglo XVIII). Traducción y publicación del Seminario Historia y Ficción, Escuela de Historia. Facultad de Humanidades y Artes. UNR

<sup>9</sup> CF. Angenot, Marc. *Interdiscursividades. De hegemonías y disidencias*. Córdoba, U.N. Córdoba, 1998.

<sup>10</sup> Es decir, la relación estructural que toda época establece entre las alucinaciones, los sueños y las ficciones estéticas, contribuyen como bibliografía esencial a pensar nuevas condiciones para la literatura. Incluso, al trabajar el nivel de los comportamientos, los sujetos urbanos pueden ser tipificados en amplias taxonomías que modifican, al llevarla al espacio público, la esencia del acto de lectura silencioso y privado. Las voces de las tribus urbanas, el transeúnte, el paseante, el flâneur, el turista, se vuelven máquinas de leer, aunque su interpretación sea fragmentaria y superficial. Estos estudios que se relacionan con los trabajos de la tradición sociológica alemana de Georges Simmel, y el ensayo de Walter Benjamin, también comportan datos novedosos para una historia de la



lectura a fines del milenio.

<sup>11</sup> Muchas veces en nuestra experiencia cotidiana, nos ha sorprendido ver repetirse por años, series en donde la mayoría de los protagonistas están muertos. En definitiva, es esta cristalización lo que permite consumir lo que de otro modo sería una abrumadora e inabarcable circulación discursiva.

<sup>12</sup> Por ejemplo, para la aristocrática lengua griega lo eran los bárbaros, vistos como extranjeros que no se compadecían con su visión del mundo. En las épocas barrocas, en cambio, es dominante la acción de tres fuerzas centrífugas, que desde el interior del sistema se proyectan hacia afuera: el exceso representado en los textos, el exceso como representación y el exceso como fruición de una representación. El nombre de Góngora y El Polifemo exime de mayores comentarios explicativos

158 159

### Bibliografía

- JAMESON, F.: (1998), *Estudios Culturales: reflexiones sobre el multiculturalismo*. Paidós. Espacios del saber.
- CALABRESE, O.: (1987), *La era neobarroca*.
- CHARTIER, R.: (1998), *Escribir las prácticas*. Manantial. Buenos Aires.
- CHARTIER, R. / CAVALLO, G.: (1998) (Comp), *Historia de la lectura*. Taurus Universitaria.
- AUGE, M.: (1998), *La guerra de los sueños. Ejercicios de etno-ficción*. Gedisa. Barcelona.
- PALTI, E.: (1998), *Giro lingüístico e historia intelectual*. Editorial Universidad de Quilmes,
- LUDMER, J.: (Comp)(1997), *Las culturas de fin de siglo en América latina*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- ROSA, N.: (1998), "La transmodernidad americana" en revista *Confines* n° 3, Buenos Aires.
- A.A.V.V.: (1994) "Actas del Congreso Internacional El barroco y su doble", Edición de la Universidad, Universidad de Valencia.